

DOCTRINA ADMIRABLE

San Juan de Ávila

DOCTRINA ADMIRABLE

San Juan de Ávila

INSTRUCCIÓN A UN MANCEBO PARA QUE SEGURO SIRVIESE A DIOS EN EL CAMINO DE ESPÍRITU[1]

(Fragmento)

1.— El amor de Dios no consiste en consuelos espirituales.

Así que, mi hermano[2], como hay muchos engaños en pensar que no hace al caso en el camino de Dios la devoción y sentimiento de Él mismo, con el cual el ánima se alienta y apresura en el camino del espíritu, y este engaño tiene su raíz en el distraimiento que las ánimas tienen, así os aviso que hay otro engaño de otros; el cual es más dificultoso de conocer, y aun de curar, cuanto va debajo de mejor titulo, creyendo que el verdadero amor de Dios es sentimiento del mismo. En lo cual yerran muchos; porque no puso Dios su amor en que Él os dé sabor a vos, sino en que vos sepáis bien a Él; y entonces sabéis vos bien a Él cuando por su amor padecéis sin tasa, y tomáis de su mano, sin desechar cosa; en ser humilde, casto, paciente en vuestro aniquilamiento, en sufrir y callar, y en ser deshonrado por Cristo, con las demás virtudes, y no en sentimiento de devoción sensual. Esta no se ha de buscar; y en las virtudes no hay peligro, ejercitándonos en ellas por amor de Dios; y en las dulzuras y sentimientos espirituales, si.

Mirad bien, hermano, no salgáis de un lazo y entréis en otro; quiero decir, que para llegar a Dios, si renunciasteis todo sabor y

[1] Éste es el texto original, de la edición de 1618; al final puede verse una copia adaptada al español moderno.

[2] Esta forma de comenzar da a entender que el autor ha tratado anteriormente con él este asunto, por lo que esta instrucción desgraciadamente ha llegado incompleta hasta nosotros.

contentamiento, y disteis de mano a lo que deleita —porque esto buscábades y tras esto andábades en aquel tiempo de vuestra perdición, y esto os ocasionó a os apartar de Dios—, ahora que lo servís no tornéis a buscaros en Dios, deseándoos contentar con Él, y andar a vuestro sabor, y servirle como vos queréis, y no como Él quiere, porque todo es engaño.

Y advertid mucho que hay un amor de Dios afectuoso, el cual tiene muchas veces el que menos ama y es menos perfecto. Porque muchas veces amamos la hermosura de Dios, su bondad, su grandeza, con otras perfecciones que de Él sentimos, por el gusto y sabor que nos dan; mas no amamos lo que se ha de amar en Dios, que es su misma voluntad y querer, antes huimos de ella; y verlo hemos, en que si Dios nos quita su sabor y nos atribula, le llevamos con rostro torcido y desconfiamos entristecidos; donde se nos muestra bien claro que no es amor de Dios, sino nuestro. De suerte que amamos a Dios como a un hombre bien vestido, que nos parece bien la ropa que trae de seda, mas no amamos su voluntad, si Él quiere lastimarnos y trabajarnos. Por este camino tratamos con Dios, y no queremos de Él sino lo que sentimos de dulzura y lo que gustamos de su sabor, que es lo que vemos en Él con la vista espiritual; mas no amamos en Él su querer, su voluntad, como esto sea verdadero amor. No penséis que tanto ama uno a Dios cuanto siente de Él, y cuanto en aquel estado de su devoción piensa él que ama, sino cuanto fuere fundado en virtudes y caridad y en la guarda de los Mandamientos de Dios (Jn., 4, 34). Este es fiel amador de Dios y fiel amigo.

El afecto dulce de Dios puede ser sensual y engañoso, y muchas veces procede de la humanidad del hombre y no de la gracia de Dios; del corazón carnal y no del espiritual; de la carne y no de la razón. De suerte que el espíritu algunas veces se inflama, y siente devoción en lo que a él le sabe bien y da dulzura, y no en lo que más le aprovecha y cumple. Veréislo devoto, porque le sucedió a su gusto tal cosa, y dice: «Bendito sea Dios, que me dio este aparejo, esta buena ocasión para servirle a mi contentamiento, y me puse en esta quietud donde nadie me va a la mano; rezo cuando quiero, duermo cuando tengo gana, dejanme hacer lo que quiero, tengo paz en otras cosas» —que cada uno sabe que las abrevio, porque habíamos topado cantera muy larga—. Y si Dios le

quita el gusto o aparejo, y le envía tentaciones, necesidades, cuidados, cruces, y le aflige con infamias, testimonios y riesgos, tómalos con impaciencia y tristeza. ¿Veis, hermano, claro cómo toma el hombre mayor devoción y afecto del menor bien, que es de lo que bien le sabe, y no del mayor, que es de lo que más le aprovecha y cumple, como es todo lo penal? De suerte que ama la presencia de Dios y su hermosura, porque le da sabor, y no su voluntad porque le da cruz y trabajo.

2.— En este engaño estaban los discípulos de Cristo.

En esta devoción y afecto erraban todos los discípulos de Cristo, porque buscaban en Él lo que les daba deleite y no lo que más les cumplía, como esto sea lo que más se ha de buscar. Y así les dijo Él mismo que no le amaban, cuando se quería subir al Cielo y quitárseles de delante, lo cual ellos mucho sentían. *Si me amaseis* —dice (Jn., 14, 28)—, aunque me ausento de vosotros, y os quito el contento que os da mi humanidad, os *gozaríais*; mas como no me amáis, no os gozáis. ¿Cómo, Señor, en tiempo que están vuestros Apóstoles hechos un mar de lágrimas, que antes querrían morir que dejar de veros, les decís que no os aman y que no es amor el que os tienen? ¡Oh cuántos piensan que lloran por Dios, y lloran por sí! ¡Oh, cuántos piensan que le aman, y se aman a sí; que le buscan, y se buscan a sí! Quien mirara aquellos rostros de los Apóstoles, y aquellos ojos hechos fuentes de aguas, que regaban la tierra, demudados y trabados los corazones, heridos de la ausencia de Jesucristo, ¿quién no juzgara que amaban entrañablemente a Dios? Y aun ellos lo juzgaron, porque así lo sentían en sus corazones. Y díceles la suma Verdad, que no piensen que afición, ni lágrimas, ni dulzura, ni sentimiento es amor suyo, sino conformidad con su querer, y vivir con su voluntad, y que huelguen más, de lo que Él quiere, aunque sea quitarles a Sí mismo por presencia, que no de lo que a ellos bien sabe y deleita.

Y si de aquesto habían de holgar, pareciendo cosa tan justa el tener pesar, pues eran privados de la presencia del Hijo de Dios, ¿de qué se ha de quejar el verdadero amador de Jesucristo, que en la vida le quite que sea honrado, ni interés espiritual ni temporal, como le quede el cumplimiento de lo que quiere su Criador? ¡Oh

válgame Dios, qué de cosas pasamos por tan buenas y verdaderas, siendo tan malas y falsas! ¡Oh, cuántas intitulamos por espirituales, que son pura carne! Si no, echad de ver a San Pedro; cuando Cristo trató que había de morir y padecer afrentas, etc., y él dijo (Mt., 16, 22): *Señor, tened piedad de Vos, que no es razón que muráis*. ¿Quién no dijera que procedía esta compasión de grande amor? Y no era sino de carne. Y fue respondido y reprendido con la respuesta que dio el mismo Dios al demonio (Mt., 4, 10), llamándole *Satanás*, que quiere decir acusador, adversario y contradictor de las obras de Dios. Y si hubiéramos de juzgar aquel consejo según prudencia de carne, diéramos voto que era muy justo y provechoso, pues era quitar cruz y muerte a quien no la merecía. Mas Cristo dice que es *Satanás, y que no sabe de las cosas de Dios, sino de la carne*, y que no es amor de Dios, sino desamor, pues no quería que aceptara la cruz ni bebiera el cáliz que su Eterno Padre le enviaba para remedio del mundo.

También parecía grande amor quererse estar San Pedro *a la gloria de la transfiguración de Jesucristo* (Mt., 17, 4), y era propio amor e interés, pues lo quería ver vestido de gloria y no penando en la cruz.

3.— Este error acarrea gravísimos daños.

No se puede pensar pestilencia mayor para el linaje humano, ni cosa más enemiga para los bienes del alma, ni ocasión más cierta de perdición, que amores tan falsos como los que vemos, y ver cosas de tan poco valor en tan alto precio; y caminos a nuestro parecer llanos, cuyos fines son peligros y despeñaderos. ¿Tendríamos por muy loco, y con muy grande razón, al que se proveyese de pedazos de vidrio, confiado en el relucir, y pensase que con aquello había de comprar grandes posesiones, y por otra parte menospreciase el oro y las cosas de verdadero precio para el fin de lo que desea? Pues muy más loco es, y de muy más peligrosa locura, el que deja lo que verdadera y principalmente la divina Escritura enseña para que Dios sea servido y amado como debemos, y nuestras penitencias sean verdaderas, con cierto aborrecimiento de pecados, y nuestro corazón esté limpio, y los misterios de Dios nos pongan buen gusto, y nuestra caridad esté muy encendida, y

nuestra mortificación sea muy cabal y verdadera, si se contentase con solas fábulas, y con cosas falsamente entendidas, y con gustillos de niños, y con sobresanar sus heridas y enfermedades, y con imaginaciones y cosas que tienen el parecer sólo, y en lo de dentro no tienen fundamento, ni hay fruto sobre que estribar.

Y es lo peor, que éstos que buscan consuelo y contentamiento en las cosas divinas, si son avisados por persona que les entiende su engaño, curan poco de tomar consejo tan sano, y buscan de nuevo maestros que les aprueben su carnal vida y les tengan compañía. De esta miseria tan grande, que no se puede pensar mayor, tenemos profecía del Apóstol San Pablo (2 *Tim.,* 4, 3), por la cual dice que *vendrá tiempo en que los hombres aparten los oídos de la verdad y del verdadero espíritu, y se conviertan a oír fábulas* y cosas de sus intereses y contentamientos, y *busquen maestros que les enseñen cosas apacibles y bien coloreadas*, y les pongan descuido en aquello sin lo cual no pueden ir acertados, y los ceben y sustenten con vano mantenimiento, y con darles buena esperanza de acertado camino y de próspera salida. Pues sin verdadero negamiento de la voluntad propia, y mortificación y cumplimiento de la Ley de Dios, y sin tener esta raíz en los corazones de los hombres, no pueden ir al Cielo, por más que se eleven en los aires y vean visiones; ni hay cosa que baste para descuento de lo que en este caso Dios nos pide.

No quiero, hermano, gastar mucho tiempo con vos en deciros si hay algún daño que venga por este camino a los qua se dan a los ejercicios espirituales; remítome a la experiencia de cada uno, y a su poco aprovechamiento y a los vicios en que viene a dar sin mirar en ello; porque viven contentos con buscar en Dios su propio contentamiento y sabor, sin quererlo para más que esto. Y los hombres de verdadero celo podrán juzgar cuán poco es el grano para tanta paja, y cuán poco es el seso, y cuán menos la verdad entre tantas apariencias y ceremonias, confesiones, y comuniones y recogimiento, lo cual todo son medios para gran santidad y aprovechamiento.

¡Oh hermano, cuán faltos estamos de buen paradero, y de acertar la posada entre tanta diversidad de caminos, y entre tanta diferencia de enseñadores, y tan diferentes de los enseñados! Hurtad el cuerpo a todo los que os pide deleite y gusto y sabor, y

no lo procuréis hasta que Dios os lo dé, y ejercitaos en puro padecer a secas por Cristo en vuestra lección, oración, penitencias, confesiones, comuniones; y obedeced, y ejercitaos en las demás virtudes y no erraréis, porque éste es el camino que el Hijo de Dios ha notificado a los hombres, que es la cruz, que, como llave, abre los Cielos a todos los que consigo la llevan. ¡Oh Señor mío, y cuán poquitos te sirven y se sirven! ¡Cuán muchos se aman y dicen que te aman, y dicen que andan tras Ti y andan tras si! Aví[ve]se cada uno; y procure hacerse a la voluntad de Dios y a su conformidad, y busque esto y no gustos ni contentamientos, así en la oración, como en la confesión, como en la comunión y en cualquier otro santo ejercicio. Hermano, mirad que es sutil este engaño, y he visto muchos en él —y aun los conozco y trato— que desordenadamente desean, y con grande afición quieren llegarse al Sacramento santísimo de la Eucaristía por gustillos y lágrimas, sin tener respeto al fruto de él, que es lo que se debe pretender de los Sacramentos, y el fin para que Cristo acá nos los dejó. Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz, que les ha de salvar; y se les parece en el pelo, pues ellos quedan desaprovechados y en ocasión de desaprovechar a los compañeros. Busque, busque, el que no quiere hallarse en estos inconvenientes y riesgos, sola la voluntad de Dios, curando poco de todo lo demás.

¡Oh amor propio, cómo eres causa de que no falte vicio en las cosas espirituales! Espiritual hermosura era la que Lucifer deseaba en el Cielo; y porque no le convenía, ni la remitió a la voluntad de Dios, *como rayo bajó del Cielo y cayó*; y deseando el contento, cayó en eterna cruz; y procurando lo ajeno, perdió lo propio.

4.— Amar es padecer.

¿Para qué quiere el siervo de Dios el contentamiento, y la excelencia de santidad, y abundancia de gracia? ¿Es, por ventura, para agradarse a sí, viéndose consolado y con gusto, o para agradar a Dios? Si es para esto segundo, sabed, amigo, que entonces agrada el hombre a Dios cuando se contenta de lo que Él da, y no cuando el alma está contenta de lo que tiene; luego si os da a padecer desconsuelos, persecuciones y tristezas, etc., y Él está contento, contentaos vos, y daréis testimonio que buscáis su

voluntad y no la vuestra. A las lágrimas y muestras de amor de los Apóstoles, dice Cristo, que no es amor; y al llevar su cruz, y la pena que les causaba su ausencia con paciencia, pone por título y renombre de amor; y así dijo: *Si me amaseis, os contentaríais con mi ausencia*.

Amar es padecer; amor de Cristo es hacer bien a quien nos hace mal. Más sentiste de Dios cuando disimulaste la ira, y llevaste la injuria, y sufriste la pena y te contentaste con la tribulación, que cuando lloraste y tuviste consolación y te arrobaste. *Esto sentid en vosotros, lo que en Cristo Jesús*, dice el sagrado Apóstol (Filp., 2, 5). ¿Qué es lo que habemos de sentir? Menosprecios, como Él mismo; pobreza y humildad, y abatimiento, como Él, *que siendo igual al Padre, se hizo hombre, y tomó forma de siervo*. Esto es sentimiento de Cristo, y lo demás es sentimiento de hombre. Sentimiento de Hijo de Dios, y muy seguro, es pasar penas; pero el sentimiento de la carne es sólo cebarse en los gustos de espíritu, si no fuere cuando el Señor los da de su mano, no buscándolos. Tú busca conformidad con su querer; y entonces podrás tener por seguras tus lágrimas, serte han provechosos los sentimientos, e irás muy asegurado; y lo demás que por aquí no se regla es engaño.

5.— Consuelos, propios de gente imperfecta.

Porque muchas veces hay espíritus tan afectuosos, y con aficiones de Dios, que les proceden de ser muy sensuales e imperfectos. Porque verdaderamente ellos no aman a Dios como deben, más [de] aquel sentimiento y gusto sensual que les causa el contento y dulcedumbre que toman en Dios y no su santa voluntad, ni se han negado, ni renunciado en sus santos mandamientos, lo cual sería verdadero amor. Y cuanto les dura aquel dulzor, tanto se aprovechan y no más. Luego los veréis, en quitándolos aquel gusto, airados, inquietos y pecadores de arte mayor, flacos y sin rienda en los vicios. Lo cual es testimonio de lo que decíamos, que se amaban a sí y no a Dios, y más aquel bocadillo del gusto, que no a Cristo.

Estos son muy parecidos al niño que llora, que dándole una melcochuela, en tanto que la come, calla, y en acabándola, llora.

De manera que cuando callaba no era porque su padre le mandaba callar, sino por el sabor de lo que comía; no era obediencia ni amor, sino golosina e interés propio. ¡Oh, qué de niños desobedientes a Dios hay hoy! Que si no riñen, o deshonran, o murmuran, o hablan ocioso, o maldicen, o pierden el tiempo, no es por contentar a Dios o hacer lo que Él manda, sino porque les ha dado alguna melcochuela de devocioncilla que ellos buscan, en la cual se entretienen; mas en quitándosela, miradles a las manos, y veréislos que sus lágrimas y deseos no eran amor, sino propio interés, pues ofenden a Dios y le desacatan. De suerte que tanto les duró el amor cuanto les duró la dulcedumbre. ¿Cómo, que en los bienes y abundancia se conozcan los verdaderos amigos, y no en los trabajos y necesidades?

Quiero que sepáis, amigo, que muchas veces los livianos y flacos de corazón, y pobres de la gracia del Espíritu Santo tienen muy de ordinario esta dulcedumbre de espíritu y afección interior; lo cual no siempre sienten los verdaderos amadores de Dios. Y más fácilmente se mueve el que no está tan aprovechado, y el flaco y el liviano de corazón, y el que no sabe qué es perfecta consolación; y así en ofreciéndosele cualquier sentimiento de devocioncilla, luego la abrazan y reciben como si allí les fuese la vida. Y mirad bien que esta dulcedumbre y afectos de devoción muchas veces los causa, no la abundancia y muchedumbre de la gracia, sino la pobreza que de ella tiene el ánima. Las cosas pequeñas alegran mucho al pobre, por poco valor que tengan. Como si diésedes un sorbo de buen vino a uno que estuviese embriagado de lo beber, no lo sentiría ni se alegraría; mas si lo diésedes a uno que no lo ha bebido, y le tiene gana y muere por él, hará maravillas y alegrarse ha. La gente que no está embriagada ni llena del vino de Dios, con mucha caridad y gracia, tiene en tanto un sorbillo de devoción, que le parece que ya tiene vivienda en la gloria; y dicen que les ha visitado Dios, y estiman sus lágrimas, y anda con mucha alegría; y en hecho de verdad es poco o nada, y por ventura —y aun sin ella, como dijimos— procede de poco amor y espíritu verdadero.

6.— Anhelos de los perfectos.

Mas el que está lleno de amor fuerte y fino, no cura tanto de la devoción sensual, ni la estima en tanto, ni la tiene por caudal, sino para echarla en paciencia, en mortificación propia, en amor de la cruz, y en sufrir las injurias, y en todas las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en sí propio.

Esto es testimonio de tener espíritu y gracia en abundancia. Y así veréis que cuando Dios llama a un alma por mucha abundancia de gracia y dones suyos, no responde el hombre a sorbillos ni a gustillos, sino con una viveza allá dentro muy interior y entrañable, fundada en un deseo vivo de padecer por quien le llamó, y en la determinación del cumplimiento de la voluntad de Dios. Y así dijo Job (14, 15): *Llamarme has, Señor, y yo te responderé*. —¿Y en qué le enviaréis la respuesta, varón santísimo? —¿En qué? En tener paciencia grandísima en las adversidades y pérdidas, en las enfermedades y desamparo, en las llagas y en la pobreza, y en el resto de la cruz, en las tentaciones de Satanás y en el ejercicio de las demás virtudes.

Así el Apóstol San Pablo, cuando fue llamado con viva voz de Dios, no dio respuesta de gustillos y niñerías, sino muy cabal de gran sustancia, diciendo (Hech., 9, 6); «Yo os doy mi querer, y póstrolo al vuestro, y póngolo en vuestras manos; tomadlo, y mandad lo que mejor os parezca». Y vemos adelante, que el mismo Dios dice, notificando la posesión que tenía ya en Pablo, y lo que le quiere como a escogido y llamado (Hech., 9, 16): *Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre y gloria*. Esta obra es la verdadera muestra del verdadero siervo de Cristo, y éste es el verdadero título de los muy amados de Él, no dulzorcillos ni contentamientos, sino grandes sufrimientos en los trabajos y ejercicios, en angustias y en infamias, testimonios, pobreza, necesidades, y cosas que tienen por fin lastimar y deshacer a la misma carne. Este es el buen responder a Dios cuando llama.

Porque el llamamiento de Cristo deja obligado al que fué llamado a muy particulares servicios, si no quisiere hallarse el hombre con grande ingratitud delante su Criador. De suerte, hermano, que entonces entenderéis que el llamamiento es de Dios, cuando le respondiéredes con el cumplimiento del divino querer,

aunque sea con riesgo de perder la hacienda, vida y honra. Y esto es lo que justifica al hombre, y le pone en la perfección, y le hace muy parecido y semejante a Jesucristo, que a sorbos y muy de paso tuvo, en esta vida, los consuelos; y siempre estuvo en ejercicio de cruz, sin resfriarse un punto en el amor de ella.

7.— Ardides de Satanás.

También sabed, hermano, que algunas veces el demonio endulza el alma, y la pone devota, a fin de tener la carne en gran flaqueza por medio de aquel gusto y sabor de la espiritual gula y para que el alma confíe mucho y descanse en ella, pareciéndole al tal que es verdadero espíritu lo que siente interiormente; y con aquel falso sabor indiscretamente se ejercite en vigilias y larga oración, extremados ayunos, no comiendo ni durmiendo lo que ha menester, y secándose la sangre sin tasa ni medida; y así con esta demasía venga a perder los ejercicios más útiles, y en que Dios más se sirve y agrada.

Y aun de aquí resulta otro engaño, y es, que como el alma se siente muy abundante en estos sentimientos y dulzuras, cree de sí que es perfecta, y con esto se hace lerda, y no procura de aprovechar más y adquirir más virtudes, estando como está en esto el verdadero amor de Dios y el verdadero espíritu.

Trae en otro desvarío el demonio a los tales; y es que con aquel sabor y dulcedumbre de espíritu que ellos dicen, no es otra su intención en todos sus ejercicios, en que se ejercitan en el camino del Señor, sino andar buscando sentimientos de devoción y dulcedumbre, hechos golosos tras estos deleites, seguidores y amadores de su mismo regalo, poniendo todo su fin en sí mismos. Los cuales vienen de poco en poco a ser del justo Juez Cristo permitidos caer en grandes pecados en este mundo, y en el otro en eternas penas y aflicciones. Porque este alto Señor pone los ojos en la intención de los corazones humanos.

Y pluguiera a Dios, hermano, que antes hubiérades sido un glotón de bien comer y beber, y contentaros a vos mismo, según la carne, en estos deleites; porque al cabo el mismo hastío fuera causa de vuestra enmienda; y no hubiérades sabido a qué saben

sentimientos de Dios, si no sabéis estimarlos y darles el lugar que merecen, prefiriendo el ejercicio de las virtudes, el padecer y la cruz, a todos ellos; porque el sabor suyo quizá no os hubiera engañado, poniendo en él todo el fin de vuestras obras, conociendo vos cómo Jesucristo nuestro Maestro puso en la cruz el fin y aun el principio de todos sus días, y allí acabó la vida por vos.

Mirad, hermano, que el verdadero amor está escondido allá en lo profundo de las virtudes, y manifiéstese en cualquiera adversidad. Declárome más; el fundamento de la paciencia es un deseo entrañable de padecer por amor de Dios todo lo que es posible sufrir al hombre, y pasar en tiempo y eternidad. Y asimismo digo en las demás virtudes, cuando el alma siente este entrañable deseo de humildad y paciencia. Este amor se manifiesta exteriormente cuando el hombre actualmente padece, sufriendo cosas de pena; hallando en ellas descanso y dulzor; o a lo menos, llevándolas con paciencia. Este, si por amor de Dios lo pasa, es verdadero amor, y todo lo demás es sospechoso y sin fundamento.

8.—Santidad de hogaño.

La santidad de hogaño, hermano, se compone de tener grandes deseos en la oración, y hacer grandes pecados en la conversación. Lloramos allí los dolores de nuestro Redentor Jesucristo, y luego procuramos darlos a nuestros prójimos y hermanos. Allí reverenciamos la paciencia del Hijo de Dios, y después ejercitamos la ira. Callamos una hora, y parlamos todo el día. De manera que sacando en limpio nuestro espiritual aprovechamiento, es irnos a callar allí, orar y pensar en Dios, dando esto por precio de lo que deseamos y buscamos, que es consuelo y deleite; y luego quedamos como de antes. De manera que nuestra santidad es de molde, porque nunca crece, ni se trata de este punto, siendo el principal de quien debemos tratar. Mucha gente va engañada por este camino; Dios lo remedie. Amén.

Mirad qué os cumple tomar la mano de este aviso que os doy, porque os levantéis, y no tropezar en el pie de los que lo atraviesan para que caigáis, induciéndoos a que busquéis los deleites de Dios y no su cruz. Esto, pues, es lo que os digo que debéis vos hacer, si no queréis ser compañero de su engaño, y malo como ellos. Guar-

daos de estos huecos y vacíos, que no dejan cosa de Dios y de sí, que toda no la viertan en la conversación espiritual que ellos dicen; y cuando les falten verdades vienen a decir mentiras, y aun a tratar pecados y aun a cometerlos sin asco.

No sé qué os pueda decir, sino que el que tomare la mano, como yo ahora la tomo a contradecirlos, y yo sólo con muy pocos a tantos millares, queriendo desquiciarlos de su modo de santidad falsa y profana, en que están fundados, temo pasaré no pequeño peligro, y que no me han de tener por de tan buen seso cuanto es necesario sea tenido quien ha de aconsejar y adiestrar a otros. Mas no me conviene hacerlo menos, pues que con la ayuda de Dios he tomado este cargo de desengañar a algunos que andan muy fuera de camino, entendiendo que van por el espiritual. Y así no he dejado ni dejaré de decir cosa que me parezca cumplir al aprovechamiento perfecto del varón verdaderamente espiritual, ni disimularé aunque sea a riesgo mío; pues que los verdaderos amadores de Dios, con los cuales yo me entiendo en estos renglones, no me lo tendrán a mal, antes me lo agradecerán; y si algunos hubiere a quien hayamos sacado a plaza, para que con los ojos del espíritu vean que lo que hasta aquí tenían por espiritual es carne e imperfección, antes me deben agradecer el aviso que condenarlo, pues les muestro el tesoro que tenían por carbones.

El que no esta tal cual aquí he pintado, piense que esta doctrina no le toca; y si está tal, conozca su engaño, y téngase por avisado. ¿No es cosa de gran dolor que no habemos de osar deciros lo que os cumple, sino dejaros ir por despeñaderos sin guía, a ciegas y perdido el camino? Verdaderamente es cosa de no poco espanto ver que, siendo tanta la muchedumbre de los que caminan por el camino de Dios engañados, haya tan pocos que piensen que lo están. Si no, preguntadlo, y no habrá hombre en todos, que no crea y diga en todo su seso, por verse en una devocioncilla y lágrimas, que es ya perfecto, y que sabe mucho de cosas de espíritu, y que tiene para sí, y aun para los otros, santidad verdadera, y que tiene ya prendas, y muy ciertas, de que le han de dar silla y asiento en el reino de Dios. Toda esta temeraria confianza nace de una cosa muy peligrosa y común a muchos, que es la falta de conocimiento del verdadero espíritu de Dios; casándose cada uno con su opinión; teniendo por mejor hacer lo que

quieren, que no lo que deben, y seguir antes de guía el apetito de la sensual devoción, que escuchar do llama el espíritu y doctrina de Cristo, que es negarse el hombre en todo, y resignar su voluntad en la del Señor, y procurar enteramente la mortificación de sí mismo.

Mirad qué va de esto, a andar tan vivo el hombre, que acabado su recogimiento, luego busca su propia estimación. ¿Pues cómo, hermano? ¿Allí te encierras y echas la aldaba tras ti, y aquí buscas estimación, de tus obras, fama y loor? ¿Allí lloras porque pecaste, y aquí haces de nuevo por qué llorar? ¿Allí dices que eres tierra, y aquí juras que eres cielo, y que tienes mejor carne y sangre que el otro, siendo todos sarmientos de una cepa, y agua de una fuente, y fruto de una raíz? ¿Blasonas que en la oración aprendes grandes verdades y conocimiento de cosas divinas, y aquí te hallamos lleno de tantas mentiras y ceguedades? Mira en ti, y, hallarte has entero, carnal, lleno de tu propio querer, y que en todo te buscas y engrandeces, con grande infamia de los ejercicios espirituales, pues ocupándote exteriormente en ellos, interiormente no te aprovechas por tu misma malicia y engaño. Por esto andamos, hermano, por abrirte los ojos y que veas, y por despertarte de sueño tan pesado.

9.— Perfección es querer lo que Dios quiere.

Por tanto, entrad dentro de vos, y de nuevo comenzad a andar en el camino de la mortificación siempre, curando, poco de lo que a vos toca, y mucho de lo qué Dios quiere. Y mirad que os oso decir que no tendréis pureza de espíritu, si paráis o ponéis vuestro fin en sus dones, cualquiera que ellos sean, aunque me los pintéis altos y celestiales, dulcísimos y secretos. Pasad adelante de todo lo que podéis comprender, y de toda criatura, y sólo descansad en aquella voluntad de vuestro incomprensible e infinito Bien; aquella abrazad y amad como quiera que os sucedan las cosas, prósperas o adversas, seguras o de grandes peligros; porque no puede el alma subir a mayor dignidad, ni hacer cosa de más ilustre, ni de más honra y grandeza, ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él.

¡Oh, bendito seas, Dios mío, Criador de todas las, cosas y vida de todo lo que es; pues siendo Tú Criador y yo criatura pecadora, Tú, ser infinito y nosotros nada y miseria, llegamos a tanta y tan grande participación con tu suma Bondad, que te parecemos en el querer y en el juzgar! ¿Vos, Señor, decís que esto es bueno? Lo mismo decimos nosotros: ¿Vos lo queréis? También lo queremos acá. ¿Haos parecido que estemos veinte años en una cruz, con sequedades y tentaciones? Aceptámoslo de muy buena gana. ¿Queréis que seamos testimoniados y abatidos, deshonrados y perseguidos? El mismo voto tenemos, y por vuestro seso nos gobernamos.

Mirad si podremos errar, o nos podría faltar cosa de las que para el Cielo nos importan. De voluntad tan santa como la divina, y querer tan justo, ¿qué mandamiento puede salir que no sea justo, santo y perfecto? Y siendo tan liberal y larga, ¿que puede pedir al hombre que no sea para él grande e incomprensible tesoro? ¿Qué camino nos puede enseñar que no sea de gran seguridad y muy llano? ¿Qué aviso puede dar, que no sea de gran misericordia y profundísima sabiduría; y qué consejo nos puede dar que me sea fidelísimo y cierto, y que nos importe la vida en tomarlo? Siendo esto tan cierto, tan de fe, y tan sin poderse dudar, ¡qué locura es la nuestra, hermano, en seguir nuestro querer y apetito, y el cumplimiento de nuestra voluntad, dejando de guiar tras la de Dios, que tanto nos asegura! Azote, castigue, mate o sane, quite devoción o póngala, trátenos como a esclavos o como a hijos, peniténcienos o regálenos, todo es seguro, si hay en nuestras entrañas conformidad con su voluntad y negamiento de la nuestra, que tan perjudicial es, pues no tiene para cosa más habilidad, que para deshacer en nosotros lo que Dios hace, y para borrar de nuestros corazones lo que Dios en ellos con su dedo escribe y para resistir a su divino querer.

Mirad, hermano mío, si son daños éstos para temerlos y para huirlos. Buscad, buscad lo que a Dios contenta y a vos descontenta; porque esto es camino cierto, dar en la mortificación de vos mismo. Y si en esto os ejercitáis, no llegaréis a la confesión, contemplación, lección ni oración, y a los otros santos ejercicios, por el gusto que en ellos habéis de hallar y sentir, ni andaréis en las obras de Dios mendigando vuestro propio interés, sino su gloria

y cumplimiento de su voluntad. Ni aun en vuestras comuniones os llegaréis por gozar de aquel sabor espiritual, ni para satisfacción de vuestro espiritual deseo, ni a que allí se os dé manjar de paz y quietud, ni por otro propio interés, sino sólo por la honra y gloria de Jesucristo, y porque es su voluntad que por estos medios aprovechéis no en contentamientos, que hartos os dará en el Cielo si le servís, sino en virtudes y propia mortificación, y en la conformidad de padecer por Él mismo. Este es espíritu seguro y verdadero amor de Dios.

10.— Consuelos de Dios.

Ocupaos, hermano, vos en lo que aquí se os ha dicho; descuidaos de vuestro propio contentamiento, que Cristo tiene cuidado de ello para darlo o quitarlo cuando convenga, como verdadero médico, que entiende la enfermedad del enfermo, y sabe cuándo le ha de sangrar para darle salud, y cuándo le ha de dar la purga para limpiarle, y el faisán para que le sustente y esfuerce. Si Dios os diere consuelo, recibidlo; mas no lo busquéis vos, que os perderéis.

Y advertid que no os digo esto para que algún rústico entienda por ello que quiero decir que son malos los sentimientos de Dios y sus dulzores, los cuales da a los que le sirven y no le ofenden y se mortifican; antes podéis creer que a los tales suele visitar con la mano de su largueza, para que con más fervor y menos pesadumbre anden el camino del Cielo. Lo que digo y aviso es que no tengáis grandes ansias en buscarlos y suspirar por ellos, sino por Dios solo, no parando sino en la conformidad de su voluntad, siguiéndola en todo y deshaciendo vuestro propio querer. Porque no podéis, por mucho que lo procuréis, ofrecer a Jesucristo cosa mejor y más rica que vuestra propia voluntad; ni podéis tener cosa peor ni que más os dañe; porque es lepra pestilencial que cunde en el hombre interior; y de ella nacen los pecados todos, la ira y la soberbia, etc., y, finalmente, todo lo que enoja a Cristo nuestro Señor. Porque a Dios sólo es reservado tener propia voluntad, la cual a nadie esta sujeta, y ha de ser la regla de las demás. Luego cualquiera que usa de propia voluntad, hurta a Dios su corona,

pues a sólo El se debe, y en cuanto en sí es, quiere ser semejante a Dios, y le quita su dignidad y excelencia.

Procurad, pues, hermano, desde hoy no caer jamás en yerro tan grande, porque os perderéis. No curéis de santidades fundadas, en vuestro propio amor y contentamiento, sino [en] derribaros totalmente a los pies de Dios, y en buscar conformidad con su querer; y yo salgo por fiador que Él os ponga en el Cielo; y os pague los negamientos de vuestra voluntad, porque tiene bien con qué, a osadas.

Y porque no tengo más lugar, tengo otras ocupaciones y negocios entre las manos, me perdonad la brevedad, recibid mi deseo; pues el vuestro me necesitó a escribir esta doctrina breve; mas si la penetráis, a la verdad es más larga que el vulgo puede entender. Ponedla, señor, por obra, porque de haberla leído no saquéis mayor condenación no haciéndolo así. Y si alguna cosa no entendiéredes, otro día lo conferiremos de vos a mí. Aunque yo sé cierto que es condición de nuestro buen Padre y Maestro Jesucristo, que aquellos que de veras le buscan, lo que sus entendimientos no entendieren, lo pondrá en sus corazones para que le amen, que es el punto de todo el negocio, y el fin de todo lo que vemos y pensamos. Y como estemos ya diestros y advertidos a la conformidad de nuestro gran Dios, ni eso ni lo otro nos desalentará para seguirle y amarle, pues le habemos de servir dónde, cómo y de lo que El quisiere, y no como nosotros quisiéremos, que es negocio que emprenden pocos.

Encomendadme a Dios y pedidle para mí destierro de mi propio parecer, negamiento de mi voluntad, amor de su cruz, y perseverancia en su camino, y olvido de todo lo que no es Él; y así lo haré yo por vos, para que nos veamos en aquel alto reino de su gloria, y gocemos de lo que Jesucristo nos ganó por trabajos y cruz; al cual sea dada la honra y gloria de todo lo que hemos declarado y dicho. Amén.

DOCTRINA ADMIRABLE

San Juan de Ávila

CONSEJOS A UN JOVEN PARA QUE SIRVA CON SEGURIDAD A DIOS EN EL CAMINO DEL ESPÍRITU[3]

(Fragmento)

1.— El amor de Dios no consiste en consuelos espirituales

Así que, mi hermano[4], como hay muchos engaños en pensar que no hace al caso en el camino de Dios la devoción y sentimiento de Él mismo, con el cual el alma se alienta y apresura en el camino del espíritu, y este engaño tiene su raíz en la disipación que las almas tienen, así te aviso que hay otro engaño; el cual es más dificultoso de conocer, y aun de curar, cuanto viene encubierto con capa de bien, pensando que el verdadero amor de Dios es sentimiento del mismo. En lo cual yerran muchos; porque no puso Dios su amor en que Él te dé gusto a ti, sino en que tú le sepas bien a Él; y entonces sabes tú bien a Él cuando por su amor padeces sin tasa, y tomas todo lo que viene de su mano, sin desechar cosa; en ser humilde, casto, paciente en tu aniquilamiento, en sufrir y callar, y en ser deshonrado por Cristo, con las demás virtudes, y no en sentimiento de devoción sensual. Ésta no se ha de buscar; mientras que en las virtudes no hay peligro, si nos ejercitamos en ellas por amor de Dios; y en las dulzuras y sentimientos espirituales, sí.

Mira bien, hermano, no salgas de un lazo y entres en otro; quiero decir, que para llegar a Dios, si renunciaste a todo gusto y contentamiento propio, y renunciaste a lo que te agrada —porque

[3] Este texto no es el original, sino una copia adaptada al español moderno, por A.Z.C.

[4] Esta forma de comenzar da a entender que el autor ha tratado anteriormente con él este asunto, por lo que esta instrucción desgraciadamente ha llegado incompleta hasta nosotros.

esto buscabas y tras esto andabas en aquel tiempo de tu perdición, y esta fue la causa de que te apartases de Dios—, ahora que lo sirves, no tornes a buscarte en Dios, deseándote contentar con Él, y andar buscando tu propio gusto, sirviéndole como a ti te parece, y no como Él quiere, porque todo es engaño.

Y advierte mucho que hay una forma sentimental de amor de Dios, la cual tiene muchas veces el que menos ama y es menos perfecto. Porque muchas veces amamos la hermosura de Dios, su bondad, su grandeza, y las otras perfecciones que de Él sentimos, por el gusto y consuelo que nos dan; pero no amamos lo que se ha de amar en Dios, que es su misma voluntad y querer, antes huimos de ella; y lo vemos, en que si Dios nos quita sus consuelos y nos atribula, le ponemos mala cara y desconfiamos entristecidos; donde se nos muestra bien claro que no había amor de Dios, sino amor propio. De suerte que amamos a Dios como a un hombre bien vestido, que nos parece bien la ropa que trae de seda, pero no amamos su voluntad, si Él quiere probarnos con la desgracia y trabajarnos. Por este camino tratamos con Dios, y no queremos de Él sino lo que sentimos de dulzura y lo que gustamos de sus consuelos, que es lo que vemos en Él con nuestros ojos interiores; pero no amamos en Él su querer, su voluntad, aunque esto sea el verdadero amor. No pienses que tanto ama uno a Dios cuanto siente de Él, y cuanto en aquel estado de su devoción piensa él que ama, sino cuanto estuviere afirmado en virtudes y caridad y en la guarda de los Mandamientos de Dios (Jn 4, 34). Este es fiel amador de Dios y fiel amigo.

El sentir las dulzuras de Dios puede ser algo sensual y engañoso, y muchas veces procede de la humanidad del hombre y no de la gracia de Dios; del corazón carnal y no del espiritual; de la carne y no de la razón. De suerte que el espíritu algunas veces se inflama, y siente devoción en lo que a él le sabe bien y da dulzura, y no en lo que más le aprovecha e importa. Le ves muy devoto porque le sucedió a su gusto tal cosa, y dice: «Bendito sea Dios, que me dio esta disposición, esta buena ocasión para servirle sintiendo estos consuelos tan grandes, y poniéndome en esta quietud que nadie me puede turbar; rezo cuando quiero, duermo cuando tengo ganas, me dejan hacer lo que quiero, me siento con paz haciendo mis cosas…» —cosas que abrevio, porque excesivas

para contar—. Y si Dios le quita el gusto o disposición, y le envía tentaciones, penurias, preocupaciones, cruces, y le aflige con infamias, pruebas y peligros, los toma con impaciencia y tristeza. ¿Ves claramente, hermano, cómo se apega el hombre al menor bien, a lo que más le gusta, y no al mayor, que es lo que más le aprovecharía e importaría, como es todo le que la hace penar? De forma que ama el sentir la presencia de Dios y su hermosura, porque la contenta, y no su voluntad porque le da cruz y trabajo.

2.— En este engaño estaban los discípulos de Cristo

En estos afectos equivocados estaban todos los discípulos de Cristo, porque buscaban en Él lo que les producía gusto y no lo que más deberían, pues esto es lo que más se ha de buscar. Y así les dijo Él mismo que no le amaban, cuando se quería subir al Cielo y les iba a dejar, lo cual ellos mucho sentían. *Si me amaseis* —dice (Jn 14, 28)—, aunque me ausente de vosotros, y os quite el contento que os produce mi humanidad, *os alegrarías de ello*; pero como no me amáis, no os alegráis. ¿Cómo, Señor, en tiempo que están vuestros Apóstoles hechos un mar de lágrimas, que antes querrían morir que dejar de veros, les decís que no os aman y que no es amor el que os tienen? ¡Oh cuántos piensan que lloran por Dios, y lloran por sí mismos! ¡Oh, cuántos piensan que le aman, y se aman a sí mismos; que le buscan, y se buscan a sí mismos! Quien mirara aquellos rostros de los Apóstoles, y aquellos ojos hechos fuentes de aguas, que regaban la tierra, demudados y trabados los corazones, heridos porque Jesucristo se ausentaba, ¿quién no juzgara que amaban entrañablemente a Dios? Y aun ellos así lo creían, porque así lo sentían en sus corazones. Y les dice la suma Verdad, que no piensen que porque le sientan afecto y lloren por Él, o porque le manifiesten ternura, que es prueba de que le aman, sino la conformidad con su querer, y vivir según su voluntad, alegrándose más de lo que Él quiere, aunque se ausente de ellos, que no de lo que a ellos les sabe bien y deleita.

Y si de esto se habían de alegrar, pareciendo cosa tan justa que les causase pena, pues eran privados de la presencia del Hijo de Dios, ¿de qué se ha de quejar el verdadero amador de Jesucristo, que sea en esta vida deshonrado, o le sea quitado cualquier

interés espiritual o temporal, con tal que le quede haber cumplido con lo que quiere su Creador? ¡Oh válgame Dios, qué de cosas pasamos por tan buenas y verdaderas, siendo tan malas y falsas! ¡Oh, cuántas tenemos por espirituales, que son pura carne! Si no, fíjate en San Pedro, cuando Cristo les habló que tenía que morir y padecer afrentas, etc., y él le dijo: *Señor, ten piedad de Ti, que no es razón que tengas que morir* (Mt 16, 22). ¿Quién no dijera que procedía esta compasión del gran amor que le tenía? Y no era sino de carne. Y fue respondido y reprendido con la respuesta que dio el mismo Dios al demonio (Mt 4, 10), llamándole *Satanás*, que quiere decir acusador, adversario y contradictor de las obras de Dios. Y si hubiéramos de juzgar aquel consejo según la prudencia de la carne, seríamos del parecer que era muy justo y provechoso, pues era evitar la cruz y la muerte a quien no la merecía. Pero Cristo dice que es *Satanás, y que no sabe de las cosas de Dios, sino de la carne*, y que no es amor de Dios, sino desamor, pues no quería que aceptara la cruz ni que bebiera el cáliz que su Eterno Padre le enviaba para remedio del mundo.

También parecía grande amor quererse estar San Pedro *en la gloria de la transfiguración de Jesucristo* (Mt., 17, 4), y no era más que amor e interés propio, pues lo quería ver vestido de gloria y no penando en la cruz.

3.— Este error acarrea gravísimos daños

No se puede pensar calamidad mayor para el linaje humano, ni cosa más enemiga para los bienes del alma, ni ocasión más cierta de perdición, que amores tan falsos como los que vemos, y ver cosas de tan poco valor en tan alto precio; y caminos a nuestro parecer llanos, que nos llevan a peligros y despeñaderos. ¿Con mucha razón tendríamos por muy loco al que se proveyese de pedazos de vidrio, confiando en lo que relucen, y pensase que con aquello podría comprar grandes posesiones, y por otra parte menospreciase el oro y las cosas realmente valiosas para el fin de lo que desea? Pues muy más loco es, y de muy más peligrosa locura, el que deja lo que enseña verdadera y principalmente la divina Escritura —cómo servir y amar a Dios como se merece, cómo hacer penitencia con verdadero aborrecimiento de los peca-

dos, cómo mantener limpio nuestro corazón, cómo gustar de los misterios de Dios, cómo arder en la caridad, cómo mortificarnos verdaderamente—, y se contenta con solo oír fábulas, y con cosas falsamente entendidas, y con gustillos de niños, y con cubrir superficialmente sus heridas y enfermedades, y con imaginaciones y cosas que tienen apariencia sólo, y en lo de dentro no tienen fundamento ni producen fruto.

Y lo peor es, que éstos que buscan su consuelo y contentamiento en las cosas divinas, si son advertidos por persona que entiende su engaño, evitan en lo que pueden seguir consejo tan sano, y se buscan nuevos maestros que les aprueben su carnal vida y que les hagan compañía. De esta miseria tan grande, que no se puede pensar mayor, habla la profecía del Apóstol San Pablo, en la cual dice que *vendrá un tiempo en que los hombres apartarán los oídos de la verdad y del verdadero espíritu, y para halagarse el oído* —con lo que les gusta—*, se volverán a las fábulas*, y *se rodearán de maestros a la medida de sus deseos* (2 *Tim* 4, 3), haciéndoles olvidar aquello que les llevaría por el camino correcto, y atiborrándolos y nutriéndolos con lo que no alimenta, les dan falsas esperanzas de que van por el buen camino y de que su salvación está asegurada. Porque no podrán ir al Cielo si no saben renunciar verdaderamente a su voluntad propia, si no se mortifican y observan la Ley de Dios, si no llevan esta Ley en sus corazones, por más que se eleven en los aires y vean visiones; pues no hay nada que pueda suplir lo que Dios nos pide para este caso.

No quiero, hermano, gastar mucho tiempo contigo en decirte si hay algún daño que venga por este camino a los qua se dan a los ejercicios espirituales; me remito a la experiencia de cada uno, y a su poco aprovechamiento y a los vicios en que viene a dar sin mirar en ello; porque viven contentos con buscar en Dios su propio contentamiento y gusto, sin quererlo para más que esto. Y los hombres de verdadero celo podrán juzgar cuán poco es el grano para tanta paja, y cuán poca es la cordura, y cuán menos la verdad entre tantas apariencias y ceremonias, confesiones, y comuniones y recogimiento, los cuales todos son medios para que nos lleven a una gran santidad y para que nos aprovechemos.

¡Oh hermano, cuán faltos estamos de buen paradero, y de acertar con la posada entre tanta diversidad de caminos, y entre

tanta diversidad de maestros, y tan diferentes de los enseñados! Aparta el cuerpo de todo los que te pide deleite y gusto y sabor, y no lo procures hasta que Dios te lo dé, y ejercítate en el puro padecer a secas por Cristo, en tu estudio, en la oración, en tus penitencias, confesiones y comuniones; y obedece, y ejercítate en las demás virtudes y no errarás, porque éste es el camino que el Hijo de Dios ha enseñado a los hombres, que es la cruz, que, como llave, abre los Cielos a todos los que consigo la llevan. ¡Oh Señor mío, qué poquitos te sirven y se aprovechan! ¡Cuántos se aman y dicen que te aman, y dicen que andan tras Ti y andan tras de sí mismos! Avívese cada uno, y procure vivir conforme a la voluntad de Dios, y busque esto y no gustos ni contentamientos, así en la oración, como en la confesión, como en la comunión y en cualquier otro santo ejercicio. Hermano, mira que lo sutil que es este engaño, y he visto muchos en él —y aun los conozco y trato— que desordenadamente desean, y con grande afición quieren llegarse al Sacramento santísimo de la Eucaristía por sentir gustillos y lágrimas, sin tener respeto al fruto de él, que es lo que se debe pretender de los Sacramentos, y el fin para el que Cristo nos los dio. Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz, que les ha de salvar; y así no sacan ningún provecho e incluso impiden que otros los saquen. Busque, busque, el que no quiere hallarse en estos inconvenientes y riesgos, solo la voluntad de Dios, importándole poco todo lo demás.

¡Oh amor propio, cómo eres causa de que no falte vicio en las cosas espirituales! Una espiritual hermosura era la que Lucifer deseaba en el Cielo; y porque no le convenía, ni la remitió a la voluntad de Dios, *como rayo bajó del Cielo y cayó*; y deseando su contento, cayó en eterna cruz; y procurando lo ajeno, perdió lo propio.

4.— Amar es padecer

¿Para qué quiere el siervo de Dios los consuelos, la excelencia de la santidad, y la abundancia de la gracia? ¿Es, por ventura, para agradarse a sí mismo, viéndose consolado y con gusto, o para agradar a Dios? Si es para esto segundo, debes saber, amigo, que entonces agrada el hombre a Dios cuando se

contenta de lo que Él da, y no cuando el alma está contenta de lo que tiene; luego si te da a padecer desconsuelos, persecuciones y tristezas, etc., y Él está contento, conténtate tú, y así probarás que buscas su voluntad y no la tuya. A las lágrimas y muestras de amor de los Apóstoles, dice Cristo, que no es amor; y al llevar su cruz, y a la pena que les causaba su ausencia llevada con paciencia, le llama amor; y así dijo: *Si me amaseis, os contentaríais con mi ausencia*.

Amar es padecer; amor de Cristo es hacer bien a quien nos hace mal. Más sentiste de Dios cuando disimulaste la ira, y llevaste la injuria, y sufriste la pena y te contentaste con la tribulación, que cuando lloraste y tuviste consolación y te arrobaste. *Esto sentid en vosotros, lo que en Cristo Jesús*, dice el sagrado Apóstol (Filp., 2, 5). ¿Qué es lo que hemos de sentir? Menosprecios, como Él mismo; pobreza y humildad, y abatimiento, como Él, *que siendo igual al Padre, se hizo hombre, y tomó la forma de siervo*. Esto es sentimiento de Cristo, y lo demás es sentimiento de hombre. Sentimiento de Hijo de Dios, y muy seguro, es pasar penas; pero el sentimiento de la carne es sólo cebarse en los gustos del espíritu, excepto cuando el Señor los da de su mano, sin pretenderlos. Tú busca conformidad con su querer; y entonces podrás tener por seguras tus lágrimas, y te serán provechosos los sentimientos, e irás muy seguro; y lo demás que no siga esta norma es engaño.

5.— Consuelos, propios de gente imperfecta

Porque muchas veces hay espíritus tan sentimentales y tan aficionados a las cosas de Dios, por ser muy sensuales e imperfectos. Porque verdaderamente ellos no aman a Dios como deben, sino por el sentimiento y gusto sensual, por el contento y dulcedumbre que encuentran en Dios y no por cumplir su santa voluntad, ni porque se hayan negado a sí mismos, ni por haberse sometido a sus santos mandamientos, lo cual sería verdadero amor. Y mientras les dura aquel dulzor, tanto se aprovechan y no más. Luego los veréis, faltándoles aquel gusto, airados y turbados, cayendo en el pecado, flacos y dejándose llevar de los vicios. Lo cual es prueba de lo que decíamos, que se amaban a sí mismos y no a Dios, y más a aquel bocadillo del gusto, que no a Cristo.

Estos son muy parecidos al niño que llora, que dándole una melcochuela, en tanto que la come, calla, y en cuanto se le acaba, llora. De manera que cuando callaba no era porque su padre le mandaba callar, sino por el sabor de lo que comía; no había obediencia ni amor, sino tan sólo golosina e interés propio. ¡Oh, qué de niños desobedientes a Dios hay hoy! Que si no riñen, o se insultan, o murmuran, o dicen necedades, o maldicen, o pierden el tiempo, no es por contentar a Dios o hacer lo que Él manda, sino porque les ha dado alguna melcochuela de devocioncilla que ellos buscan, en la cual se entretienen; mas en quitándosela, miradles de cerca, y veréis que sus lágrimas y deseos no eran amor, sino amor propio, pues ofenden a Dios y no le obedecen. De manera que tanto les duró el amor cuanto les duró la consolación sensible. ¿Cómo pueden conocerse los verdaderos amigos en los bienes y abundancia, y no en los trabajos y necesidades?

Quiero que sepas, amigo, que muchas veces los volubles y flacos de corazón, y pobres de la gracia del Espíritu Santo tienen muy de ordinario esta dulcedumbre de espíritu y afección interior; lo cual no siempre sienten los verdaderos amadores de Dios. Y más fácilmente se mueve el que no está tan aprovechado, y el flaco y el liviano de corazón, y el que no sabe qué es perfecta consolación; y así, en cuanto se le ofrece cualquier sentimiento de devocioncilla, luego la abrazan y reciben como si allí les fuese la vida. Y mira bien que estas dulzuras y sentimientos de devoción muchas veces los causa, no la abundancia de la gracia, sino la pobreza que de ella tiene el alma. Las cosas pequeñas alegran mucho al pobre, por poco valor que tengan. Es como si le dieses un sorbo de buen vino a uno que estuviese embriagado de tanto beber, no lo sentiría ni se alegraría; pero si lo dieses a uno que no lo ha bebido, y que está ansiando beberlo y se muere por que se lo den, saltaría de alegría y se maravillaría. La gente que no está embriagada ni llena del vino de Dios, con mucha caridad y gracia, tiene en tanto un sorbillo de devoción, que le parece que ya está en la gloria; y dice que le ha visitado Dios, y estima sus lágrimas, y anda con mucha alegría; pero en realidad es bien poco o nada, y por ventura —y aun sin ella, como dijimos— procede de que hay poco amor y espíritu verdadero.

6.— Anhelos de los perfectos

Pero el que está lleno de amor fuerte y delicado, no se cuida tanto de la devoción sensual, ni la estima tanto, ni la tiene por tesoro, sino de vivir en paciencia, en mortificación propia, en amor de la cruz, y en sufrir las injurias, y en todas las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas por obra.

Esta es la prueba de tener espíritu y gracia en abundancia. Y así verás que cuando Dios llama a un alma con gran abundancia de gracia y de dones, no responde el hombre a sorbillos ni a gustillos, sino con una prontitud allá dentro muy interior y entrañable, fundada en un deseo vivo de padecer por quien le llamó, y en la determinación de cumplir en todo la voluntad de Dios. Y así dijo Job (14, 15): *Llámame, Señor, y yo te responderé*. —¿Y en qué le responderás, varón santísimo? —¿En qué? En tener paciencia grandísima en las adversidades y en las desgracias, en las enfermedades y desamparos, en los padecimientos y en la pobreza, y en las demás cruces, en las tentaciones de Satanás y en el ejercicio de las otras virtudes.

Así el Apóstol San Pablo, cuando oyó la potente voz de Dios que le llamaba, no le dio por respuesta gustillos y niñerías, sino una respuesta de lo más cabal y firme, diciendo: «Yo te doy mi querer, y lo someto al tuyo, y lo pongo en tus manos; tómalo, y manda lo que mejor te parezca» (Hech 9, 6). Y vemos más adelante, lo que el mismo Dios dice, mostrando cómo se había posesionado de Pablo, y cómo le quería como a escogido y llamado: *Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre y gloria* (Hech 9, 16). Esta obra es la verdadera muestra del verdadero siervo de Cristo, y éste es el verdadero título de los muy amados de Él, no dulzorcillos ni contentamientos, sino grandes sufrimientos en los trabajos y pruebas, en angustias y en infamias, en anunciar el evangelio, en pobrezas y necesidades, y otras cosas que tienen por fin lastimar y deshacer a la misma carne. Esta es la forma de responder bien a Dios cuando llama.

Porque el llamamiento de Cristo obliga al que fue llamado a muy señalados servicios, si no quisiere hallarse el hombre con grande ingratitud delante su Creador. De esta forma, hermano, entonces entenderás que el llamamiento es de Dios, cuando le

respondas obedeciendo su divino querer, aunque sea con riesgo de perder la hacienda, la vida y la honra. Y esto es lo que justifica al hombre, y le lleva a la perfección, y le hace muy parecido y semejante a Jesucristo, quien apenas muy pocos consuelos tuvo en esta vida; y siempre estuvo ejercitándose de alguna manera en llevar la cruz, sin entibiarse un punto en el amor de ella.

7.— Ardides de Satanás

También debes saber, hermano, que algunas veces el demonio endulza el alma, y la pone devota, a fin de tener la carne en gran flaqueza por medio de aquel gusto y sabor de la espiritual gula y para que el alma confíe mucho y descanse en ella, pareciéndole al tal que es verdadero espíritu lo que siente interiormente; y con aquel falso gusto indiscretamente se ejercite en vigilias y larga oración, extremados ayunos, no comiendo ni durmiendo lo que necesita, y debilitándose sin tasa ni medida; para que con estos excesos deje de hacer los ejercicios más útiles, los que sirven a Dios y le agradan.

Y aun de aquí resulta otro engaño, y es, que como el alma se siente muy llena de estos sentimientos y dulzuras, piensa de sí que ya es perfecta, y con esto se hace lerda, y no procura de aprovechar más y adquirir más virtudes, estando como está en esto el verdadero amor de Dios y el verdadero espíritu.

Trae en otro desvarío el demonio a los tales; y es que con aquel sabor y dulcedumbre de espíritu que ellos dicen tener, no tienen otra intención en todos los ejercicios que hacen en el camino del Señor, que andar buscando sentimientos de devoción y de dulcedumbre, hechos golosos tras estos deleites, seguidores y amadores de su mismo regalo, poniendo todo su fin en sí mismos. A los cuales el Juez Cristo permite que poco a poco vengan a caer en grandes pecados en este mundo, y en el otro en eternas penas y aflicciones. Porque este alto Señor pone los ojos en la intención de los corazones humanos.

Y pido a Dios, hermano, que antes hubieras sido un glotón de bien comer y beber, que te contentaras a ti mismo, según la carne,

en estos deleites; porque al cabo el mismo hastío que dejan fuera causa de tu enmienda; y no hubieras sabido a qué saben los consuelos de Dios, si no sabes estimarlos y darles el lugar que merecen, prefiriendo el ejercicio de las virtudes, el padecer y la cruz, a todos ellos; porque el gusto que producen quizá no te hubiera engañado, poniendo en él todo el fin de tus obras, conociendo tú cómo Jesucristo nuestro Maestro puso en la cruz el fin y aun el principio de todos sus días, y allí acabó la vida por ti.

Mira, hermano, que el verdadero amor está escondido allá en lo profundo de las virtudes, y se manifiesta en cualquier adversidad. Te declaro más; el fundamento de la paciencia es un deseo entrañable de padecer por amor de Dios todo lo que es posible sufrir al hombre, y pasar en tiempo y eternidad. Y lo mismo digo en las demás virtudes, cuando el alma siente este entrañable deseo de humildad y paciencia. Este amor se manifiesta exteriormente cuando el hombre realmente padece, sufriendo diversas penas; hallando en ellas descanso y dulzura; o a lo menos, llevándolas con paciencia. Éste, si por amor de Dios las pasa, es verdadero amor, y todo lo demás es sospechoso y sin fundamento.

8.—Santidad de hogaño

La santidad que muchos pretenden hoy día, hermano, se compone de tener grandes deseos en la oración, y cometer grandes pecados en la conversación. Lloramos allí los dolores de nuestro Redentor Jesucristo, y luego procuramos, con nuestra forma de ser, que los sufran nuestros prójimos y hermanos. Allí reverenciamos la paciencia del Hijo de Dios, y después nos mostramos iracundos con los demás. Callamos una hora, y parlamos todo el día. De manera que sacando en limpio nuestro espiritual aprovechamiento, éste consiste en irnos a callar allí, orar y pensar en Dios, dando esto por precio de lo que deseamos y buscamos, que es sentirnos consolados y dichosos; y luego quedamos como antes. De manera que nuestra santidad es de molde, porque nunca crece, ni lo pretende, siendo lo principal que deberíamos buscar. Mucha gente va engañada por este camino; Dios lo remedie. Amén.

Mira qué te importa mucho poner en práctica este aviso que te doy, para que te levantes y no tropieces en el mismo sitio que otros han caído, por buscar los consuelos de Dios y no su cruz. Esto, pues, es lo que te digo que debes hacer, si no quieres ser engañado y malo como ellos. Guárdate de estos presuntuosos y fatuos, que no dejan de presumir de las cosas de Dios y de sí en las conversaciones espirituales que ellos dicen tener; y cuando no tienen nada que decir, vienen a decir mentiras, y aun a conversar de pecados y aun a cometerlos sin sentir asco.

No sé qué más te puedo decir, sino que el que se ponga a contradecirles, como ahora yo lo hago, y yo sólo con unos pocos frente a tantos millares, queriendo alejarlos de su modo de santidad falsa y profana, en que están fundados, temo pasaré no pequeño peligro, y que no me han de tener por sensato cuanto es necesario sea tenido quien ha de aconsejar y adiestrar a otros. Pero no me conviene dejar de hacerlo, pues con la ayuda de Dios he tomado este cargo de desengañar a algunos que andan muy fuera del camino, aunque ellos piensen que van por el espiritual. Y así no he dejado ni dejaré de decir cosa que me parezca importante para el aprovechamiento perfecto del varón verdaderamente espiritual, ni disimularé aunque sea a riesgo mío; pues los verdaderos amadores de Dios, con los cuales yo me entiendo en estos renglones, no me lo tendrán a mal, antes me lo agradecerán; y si algunos hubiere a quien hayamos desenmascarado, para que con los ojos del espíritu vean que lo que hasta aquí tenían por espiritual no era más que carne e imperfección, antes me deben agradecer el aviso que condenarlo, pues les muestro que lo que tenían por un tesoro no era más que carbones.

El que no esté en el engaño que aquí he pintado, piense que esta doctrina no es para él; pero si lo está, conozca su engaño, y téngase por avisado. ¿No sería verdaderamente lamentable que no me atreviese a decirte lo que debes hacer, y te dejase ir por despeñaderos, sin guía y a ciegas, extraviado del camino? Verdaderamente es cosa que espanta ver que, siendo tanta la multitud de los que caminan engañados por el camino de Dios, haya tan pocos que piensen que lo están. Si no, preguntádselo, y no habrá hombre entre todos ellos, que no crea y diga convencido, que por tener alguna devocioncilla y lágrimas, que es ya perfecto, y

que sabe mucho de las cosas de espíritu, y que se tiene para sí, y aun para los otros, por santo, y que tiene ya prendas, y muy ciertas, de que le han de dar silla y asiento en el reino de Dios. Toda esta temeraria confianza nace de una cosa muy peligrosa y común a muchos, que es la falta de conocimiento del verdadero espíritu de Dios; conformándose cada uno con su opinión; teniendo por mejor hacer lo que quieren, que no lo que deben, y teniendo antes por guía su apetito de la sensual devoción, que escuchar hacia dónde llama el espíritu y la doctrina de Cristo, que es negarse el hombre en todo, y conformar su voluntad con la del Señor, y procurar enteramente la mortificación de sí mismo.

Mira cómo puede ser esto, que ande tan vivo el hombre, que acabado su recogimiento, luego busque su propia estimación. ¿Pues cómo, hermano? ¿Allí te encierras y echas el travesaño en la puerta tras de ti, y aquí buscas ser estimado por tus obras, fama y halago? ¿Allí lloras porque pecaste, y aquí pecas de nuevo? ¿Allí dices que eres tierra, y aquí juras que eres cielo, y que tienes más virtudes y cualidades que el otro, siendo todos sarmientos de una cepa, y agua de una fuente, y fruto de una misma raíz? ¿Alardeas que en la oración aprendes grandes verdades y cosas divinas, y aquí te hallas lleno de tantas mentiras y ceguedades? Obsérvate bien, y, te darás cuenta de que eres tremendamente carnal y egoísta, y que en todo te buscas tratando de sobresalir, con grande desprecio de los ejercicios espirituales, pues ocupándote exteriormente en ellos, interiormente no te aprovechas por tu misma malicia y engaño. Por esto trato, hermano, de abrirte los ojos, para que veas, y para despertarte de sueño tan pesado.

9.— Perfección es querer lo que Dios quiere

Por tanto, entra dentro de ti, y de nuevo comienza a andar en el camino de la mortificación continua, olvidándote lo más posible de tus gustos, y tratando sólo de poner por obra lo que Dios quiere. Y fíjate, me atrevo a decirte que no tendrás pureza de espíritu si te detienes o pones tu fin en sus dones, cualquiera que ellos sean, aunque me los pintes altos y celestiales, dulcísimos y secretos. Pasa adelante de todo lo que puedas comprender, y de toda criatura, y sólo descansa en aquella voluntad de tu incomprensible

e infinito Bien; abraza y ama ésta en cualquier forma que te sucedan las cosas, prósperas o adversas, seguras o llenas de peligros; porque no puede el alma subir a mayor dignidad, ni hacer cosa más noble, ni de más honra y grandeza, ni incluso más dichosa, que obrar con tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él.

¡Bendito seas, Dios mío, Creador de todas las, cosas y vida de todo lo que es; pues siendo Tú Creador y yo criatura pecadora, Tú, ser infinito y nosotros nada y miseria, llegamos a tanta y tan grande participación con tu suma Bondad, que te parecemos en el querer y en el juzgar! ¿Tú, Señor, dices que esto es bueno? Lo mismo decimos nosotros: ¿Tú lo quieres? También lo queremos aquí. ¿Te ha parecido bien que estemos veinte años en una cruz, con sequedades y tentaciones? Lo aceptamos de muy buena gana. ¿Quieres que seamos probados y humillados, deshonrados y perseguidos? Lo mismo queremos nosotros, y por lo que te parece bien nos regimos.

Mira si de esta forma podríamos errar, o nos podría faltar cosa de las que para el Cielo nos importan. De voluntad tan santa como la divina, y querer tan justo, ¿qué mandamiento puede salir que no sea justo, santo y perfecto? Y siendo tan dadivoso y generoso, ¿qué puede pedir al hombre que no sea para él grande e incomprensible tesoro? ¿Qué camino nos puede enseñar que no sea de gran seguridad y muy llano? ¿Qué aviso nos puede dar, que no sea de gran misericordia y profundísima sabiduría? ¿Y qué consejo nos puede dar que me sea fidelísimo y cierto, y que nos importe la vida en seguirlo? Siendo esto tan cierto, tan de fe, y tan sin poderse dudar, ¡qué locura es la nuestra, hermano, en seguir nuestro querer y apetitos, haciendo nuestra propia voluntad, dejando de guiarnos tras la de Dios, que tanto nos asegura! Azote, castigue, mate o sane, quite devoción o póngala, nos trate como a esclavos o como a hijos, nos mortifique o nos regale, todo es seguro, si hay en nuestras entrañas conformidad con su voluntad y renunciamiento de la nuestra, que tan perjudicial es, pues no tiene para cosa más habilidad, que para deshacer en nosotros lo que Dios hace, y para borrar de nuestros corazones lo que Dios en ellos con su dedo escribe y para resistir a su divino querer.

Mira, hermano mío, si son daños éstos para temerlos y para huirlos. Busca, busca lo que a Dios le agrada y a ti te desagrada; porque esto es camino cierto, dar en la mortificación de ti mismo. Y si en esto te ejercitas, no te acercarás a la confesión, a la contemplación, a la lectura espiritual ni a la oración, y a los otros santos ejercicios, por el gusto que en ellos has de hallar y sentir, ni andarás en las obras de Dios mendigando tu propio interés, sino su gloria y el cumplimiento de su voluntad. Ni aun a tus comuniones te acercarás para gozar de consuelos espirituales, ni para satisfacer tu apetito espiritual, ni porque allí se te dé manjar de paz y quietud, ni por otro interés propio, sino sólo por la honra y gloria de Jesucristo, y porque es su voluntad que por estos medios aproveches no en consuelos sensibles, que hartos te dará en el Cielo si le sirves, sino en virtudes y propia mortificación, y en la conformidad de padecer por Él mismo. Este es el espíritu seguro y el verdadero amor de Dios.

10.— Consuelos de Dios

Ocúpate, hermano, en lo que aquí se te ha dicho; olvídate de tu propio contentamiento, que Cristo tiene cuidado de ello para darlo o quitarlo cuando convenga, como verdadero médico que entiende la enfermedad del enfermo, y sabe cuándo le ha de sangrar para darle salud, y cuándo le ha de dar la purga para limpiarle, y el faisán para que le alimente y le dé fuerzas. Si Dios te da consuelo, recíbelo; pero no lo busques tú, pues te perderás.

Y advierte que no te digo esto para que algún ignorante entienda por ello que quiero decir que son malos los consuelos de Dios y sus dulzuras, los cuales da a los que le sirven y no le ofenden y se mortifican; antes puedes creer que a los tales suele visitar con la mano de su largueza, para que con más fervor y menos pesadumbre anden el camino del Cielo. Lo que te digo y aviso es que no tengas grandes ansias en buscarlos y suspirar por ellos, sino por Dios solo, no fijándote sino en conformarte a su voluntad, siguiéndola en todo y negando tu propio querer. Porque no puedes, por mucho que lo procures, ofrecer a Jesucristo cosa mejor y que más valga que tu propia voluntad; ni puedes tener cosa peor ni que más te dañe que seguir la tuya, porque es lepra nefasta que

penetra en el hombre interior; y de ella nacen los pecados todos, la ira y la soberbia, etc., y, finalmente, todo lo que enoja a Cristo nuestro Señor. Porque a Dios sólo le es permitido tener propia voluntad, la cual a nadie esta sujeta, y ha de ser la regla de las demás. Luego cualquiera que usa de su propia voluntad, hurta a Dios su corona, pues a sólo El se debe, y en cuanto en sí es, quiere ser semejante a Dios, y le quita su dignidad y excelencia.

Procura, pues, hermano, desde hoy no caer jamás en yerro tan grande, porque te perderás. No busques una santidad edificada en tu propio amor y contentamiento, sino en abajarte totalmente a los pies de Dios, y en buscar la conformidad con su querer; y yo te aseguro que Él te llevará al Cielo; y te pagará cuántas veces has renunciado a tu propia voluntad, porque tiene bien con qué premiar a los más osados.

Y porque no tengo más tiempo, por tener otras ocupaciones y negocios entre manos, perdóname que no me extienda más, y pon en práctica lo que te digo. Pues tu carta me obligó a escribir esta breve doctrina; pero si la meditas, ciertamente verás que es más profunda de lo que parece. Ponla por obra, porque tendrás cuenta un día el que la hayas leído y no practicado. Y si alguna cosa no entiendes, otro día me lo preguntas. Aunque tengo por seguro que es condición de nuestro buen Padre y Maestro Jesucristo, que aquellos que de veras le buscan, lo que sus entendimientos no entienden, lo pondrá en sus corazones para que le amen, que es lo principal de todo el negocio, y el fin de todo lo que vemos y pensamos. Y como estemos ya diestros y advertidos en que lo más importante es conformarnos a lo que quiere nuestro gran Dios, ni eso ni lo otro nos desalentará para seguirle y amarle, pues le hemos de servir dónde, cómo y para lo que Él quisiere, y no como nosotros quisiéramos, que es negocio que emprenden pocos.

Encomiéndame a Dios y pídele para mí que huya de mi propio parecer, que renuncie a mi propia voluntad, que tenga amor a su cruz, y que persevere en su camino, y me olvide de todo lo que no es Él; y así lo haré yo por ti, para que nos veamos en aquel alto reino de su gloria, y gocemos de lo que Jesucristo nos ganó con trabajos y cruz; al cual sea dada la honra y gloria de todo lo que hemos declarado y dicho. Amén.